

de ella, que no deja de tener importancia á pesar de la competencia de las fábricas. Debe también tenerse en cuenta, que la reciente aparición de importantes fábricas de calzado ha aumentado considerablemente el número de muchachas y mujeres que «aparan» en sus casas ó en talleres de los llamados del «sudor».

La pequeña industria es un factor importante de la vida industrial, aun en la Gran Bretaña, á pesar de que una buena parte de ella se ha replegado á las poblaciones grandes: pero si hallamos en este país muchas menos industrias rurales que en el continente, no debemos imaginar que su desaparición sea solamente debida á una competencia más encarnizada de la fábrica: la causa principal fue el alejamiento forzoso de las aldeas.

Como todos saben por la obra de Thorold Royers ó, al menos, por las conferencias de Toynbee, el crecimiento del sistema de fábricas en Inglaterra estaba íntimamente relacionado con ese obligado éxodo. Industrias enteras que prosperaban en las aldeas, fueron muertas de un solo golpe, al obligar á las poblaciones rurales á abandonar el campo (1). Los talleres, mucho más que las fábricas, se multiplican desde el momento que encuentran jornales bajos; y es un rasgo característico de este país que los más bajos, ó sea el mayor número de gente desvalida, se encuentre en los grandes centros de población. La agitación formada (sin resultado) con motivo de «El alojamiento de los pobres», «Los parados» y «El sistema del sudor», han puesto completamente de manifiesto ese aspecto de la vida económica de Inglaterra y Escocia; y las laboriosas investigaciones de M. Charles Booth, han demostrado que, una cuarta

(1) THOROLD ROGERS, *Sentido Económico de la Historia*; (edición española.) A. TOYNBEE, *Lectures on the Industrial Revolution in England*.

parte de la población de Londres, esto es, 1.000.000, de 3.800.000, se considerarían felices si sus cabezas de familia pudieran ganar regularmente algo así como 25 francos á la semana el año entero. La mitad se conformarían con menos; es tanta la demanda de trabajo en Whitechapel y Southwark, como igualmente en los suburbios de todas las principales ciudades de la Gran Bretaña, y por consecuencia, tan reducido el precio del jornal, que la pequeña industria y la doméstica, que en el continente se hallan desparramadas por los distritos rurales, en este país se reconcentran en las ciudades. No hay datos suficientes respecto á la pequeña industria, pero un simple paseo á través de los barrios pobres de Londres servirá para dar una idea de la variedad de pequeñas industrias que tanto abundan en la metrópoli, como asimismo en todas las importantes aglomeraciones urbanas.

Las pruebas presentadas ante el «Comité del sistema del Sudor», han demostrado hasta qué punto los palacios dedicados á la venta de muebles y ropa hecha, y los grandes bazares de Londres, no son á menudo más que meras exhibiciones de muestras, ó mercados para la venta de los productos de la pequeña industria. Miles de explotadores, algunos de los cuales tienen talleres propios, y otros que no hacen más que distribuir trabajo á unos subexplotadores, quienes lo reparten á su vez entre los desvalidos, surten á esos palacios y bazares de artículos hechos en las bohardillas ó en talleres muy reducidos. Lo que *está* centralizado en estos bazares es el comercio, pero no la industria; esos grandes establecimientos no hacen más que representar el papel que el castillo feudal desempeñó anteriormente en la agricultura: centralizan las utilidades, no la producción.

En realidad, la extensión de la pequeña industria, al

lado mismo de las grandes fábricas, no es cosa que nos deba admirar: es una necesidad económica; la absorción de la pequeña industria por la grande es un hecho, pero hay otro que marcha paralelamente con el anterior, y que consiste en la continua creación de nuevas industrias, las cuales, por lo general, empiezan siempre en pequeña escala. Cada nueva fábrica llama á la existencia varios talleres pequeños, en parte para atender á sus propias necesidades, y en parte también para someter sus productos á nuevas transformaciones. Así, para citar sólo un ejemplo, diré que la fábrica de algodón ha creado una gran demanda de canillas y devanadores de madera, y miles de hombres en el distrito del Lago se hallan trabajando en su construcción, primero á mano, y después con ayuda de alguna máquina de poca importancia. Sólo muy recientemente, después de años de estudios empleados en mejorar y perfeccionar la maquinaria, es cuando las canillas han empezado á hacerse en gran escala en las fábricas. Y aun ahora, como las máquinas son muy costosas, una gran cantidad de canillas se hacen en pequeños talleres, con muy poco auxilio de las máquinas, en tanto que las fábricas mismas son relativamente pequeñas, y raras veces tienen más de cincuenta operarios, la mayoría chiquillos. Las devanaderas de forma irregular, todavía se siguen haciendo á mano, ó en parte en pequeñas máquinas inventadas á cada paso por los trabajadores. De este modo crecen nuevas industrias que suplantán á las antiguas; cada una de las cuales pasa por un estado preliminar, en pequeña escala, antes de llegar á la categoría de la fábrica, y mientras más activo sea el genio inventivo de una nación, mayor será el número de estas nacientes industrias que posea. Los innumerables talleres de construcción de bicicletas que últimamente se han establecido en

este país, y que reciben ya hechas, de las grandes fábricas, las diferentes partes de que se compone el aparato, son buena prueba de lo que decimos, así como la fabricación doméstica de cajas para fósforos, calzado, sombreros, dulces y otras cosas por el estilo.

Además, la fábrica estimula el nacimiento de nuevas pequeñas industrias, por la creación de nuevas necesidades. Lo barato del algodón y de la lana, del papel y del bronce, ha dado vida á centenares de otras nuevas pequeñas industrias. Todas las casas particulares están llenas de sus productos, en su mayor parte cosas inventadas modernamente. Y aunque algunas de ellas ya se producen por millones en las fábricas, todas han pasado por el estado de pequeños talleres, antes de que la demanda fuera lo suficientemente grande para necesitar el concurso de la fábrica. Mientras más nuevas invenciones tengamos, más aumentará el número de las pequeñas industrias; y mientras mayor sea el número de éstas, más se desarrollará el genio inventivo, cuya ausencia es tan justamente lamentada en este país por W. Armstrong, entre otros muchos.

No debemos, pues, admirarnos de ver muchas industrias pequeñas en este país; pero habremos de lamentar que el mayor número de ellas haya tenido que abandonar los campos, á consecuencia de las malas condiciones del arrendamiento de la tierra, y tenido que emigrar tan considerablemente á las ciudades, en detrimento de la agricultura.

La pequeña industria en Francia.

La variedad de pequeñas industrias que se encuentran en Francia es bien grande, representando un papel muy importante en la economía nacional; considerándo-

se como un hecho, que, mientras que una mitad de su población vive de la agricultura, y una cuarta parte de la industria, ésta se vuelve á dividir á su vez entre la gran industria y la pequeña, ocupando la última sobre 1.500.000 trabajadores, y sosteniendo de 4 á 5.000.000 de personas, á las que hay que agregar un considerable número de campesinos que apelan á industrias pequeñas, sin abandonar por eso la agricultura, y lo que éstos ganan en las primeras es de tanta importancia que, en mucha parte del país, las propiedades de las poblaciones rurales no podrían mantenerse sin la ayuda derivada de aquéllas.

Los pequeños agricultores saben lo que les espera el día que tengan que acudir á la población á ganar el jornal en una fábrica, y mientras que los prestamistas y usureros no los despojen de sus tierras y de sus casas, y no se hayan perdido del todo los derechos sobre pastos y montes comunales, se aferrarán á una combinación de la industria y de la agricultura.

No teniendo en la mayoría de los casos caballos con que labrar la tierra, acuden á un recurso que es muy común, ya que no pueda decirse universal, entre los pequeños propietarios rurales de Francia, aun en aquellos distritos que son completamente agrícolas (lo ví en práctica hasta en el Haute-Savoie). El campesino que tenga un arado y un par de bestias, labra todos los campos alternativamente: y al mismo tiempo, debido á un amplio sostenimiento del espíritu comunal, que he descrito en otro lugar (1), encuentra nueva ayuda en el pastor comunal, el lagar comunal, también, y otras varias formas de «auxilios» en vigor entre la gente de campo. Y donde quiera que se mantenga el espíritu comunal de la aldea,

(1) *Nineteenth Century*, Marzo, 1896.

la pequeña industria persiste, sin que se perdonen esfuerzos por mejorar el cultivo de las pequeñas parcelas.

La horticultura y el cultivo de frutales suelen ir á menudo dándose la mano con la pequeña industria, y siempre que se halla un bienestar en un suelo relativamente improductivo, es casi en general debido á una combinación de las dos artes hermanas; notándose, al mismo tiempo, las más maravillosas adaptaciones de las pequeñas industrias á las nuevas necesidades, así como un progreso substancial y práctico en los métodos de producción.

Puede hasta decirse de Francia, como se ha dicho de Rusia, que cuando una industria rural muere, la causa de su desaparición no se encuentra tanto en la competencia de las fábricas rurales — pues en centenares de localidades la pequeña industria sufre una completa modificación ó cambia su carácter en tales casos — como en el decaimiento de la población en el concepto de *agricultorista*. Vemos continuamente que sólo cuando los pequeños terratenientes han sido arruinados como tales por un conjunto de causas, como la pérdida de dehesas comunales, una elevación anormal de la renta, ó el estrago causado en algunas localidades por los *marchands de biens* (estafadores que incitan á los labriegos á comprar á crédito), ó la quiebra de alguna compañía por acciones, las cuales habían sido inocentemente tomadas por aquéllos (1), abandonan la tierra y las industrias rurales, emigrando hacia las poblaciones. Ocurre también la aparición de una nueva industria cuando la competencia que hace la fábrica resulta muy intensa; sien-

(1) Véase BAUDRILLART, *Les Populations agricoles de la France, Normandie*.

do tan admirable como inesperada la adaptabilidad desplegada por la pequeña industria. En otras ocasiones, el artesano rural acude á alguna forma de labranza extensiva, horticultura, etc., y entre tanto, alguna otra industria hace su aparición.

Es indudable que en casi todas las industrias textiles, el telar mecánico aventaja al de mano, y la fábrica ocupa, ó ha ocupado ya, el puesto de la industria rural.

Las cintas y las telas sencillas de algodón se producen hoy mecánicamente con tal economía, que el tejido á mano viene á ser, evidentemente, un anacronismo, en cuanto á las clases citadas se refiere. En su consecuencia, aun cuando había en Francia en el año 1876, 328.300 telares de mano contra 121.340 mecánicos, puede afirmarse, sin temor, que el número de los primeros se ha reducido considerablemente en los últimos veinte años. Sin embargo, la lentitud con que este cambio se realiza es uno de los rasgos más característicos de la presente organización de la industria textil en el país.

Las causas de esta fuerza de resistencia del tejido á mano se hace más visible cuando se consultan tales obras, como *Le Coton*, de Reybaud, que fue escrita en 1863, hace más de treinta años, es decir, en un tiempo en que la industria rural aún gozaba de vida. Aunque partidario ardiente de la gran industria, Reybaud hizo notar lealmente la evidente superioridad de bienestar que existe en la casa del tejedor de aldea, comparada con la miseria en que se hallan sumidos los asalariados de las fábricas en las poblaciones. Ya entonces las ciudades de Saint Quentin, Lille, Roubaix y Amiens eran grandes centros donde había importantes fábricas de algodón; pero, al mismo tiempo, se tejían algodones de todas clases en telares de mano, en los mismos suburbios de Saint Quentin y en centenares de pueblos y aldeas de sus in-

mediaciones, destinados á la venta, para ser concluídos en la ciudad. Y Reybaud insistía sobre el contraste que presentaban las horribles habitaciones de los asalariados de las fábricas y sus condiciones generales, con el relativo bienestar de los tejedores agrarios, pues casi todos estos últimos tienen su casa propia y un pedazo de terreno que nunca dejan de cultivar (1).

Aun en ramos tales como el de la fabricación de algodones lisos felpados, en que tanto se hacía sentir la competencia de la fábrica, el tejido en telares de mano estaba muy generalizado en 1863, y hasta en 1878, en los alrededores de Amiens. Por más de que sea poco, comúnmente, lo que ganan los tejedores de los campos, ellos prefieren sus casitas, su pequeño cultivo y su ganado; y sólo crisis comerciales repetidas, así como algunas de las causas antes mencionadas, hostiles á los pequeños agricultores, pudieron obligarlos á darse por vencidos y buscar trabajo en las fábricas, á pesar de lo cual, una parte de ellos ha vuelto otra vez á la labranza ó se ha dedicado á la horticultura.

Otro centro importante de la industria rural estaba en las proximidades de Rouen, donde no bajaban de 110.000 personas las empleadas en 1863 en tejer algodones para las fábricas afinadoras de dicha ciudad. En el valle del Andelle, en el departamento de Eure, cada pueblecito era en aquella época una colmena industrial, cada arroyo se utilizaba para servir de fuerza motriz á una fábrica pequeña. Reybaud describe la condición de los trabajadores rurales, que combinaban la agricultura con el trabajo en las fábricas campestres, como muy satisfactoria, especialmente si se le comparaba con la de los habitantes de las bohardillas en Rouen, y aún cita

(1) *Le Coton*, pág. 170.

uno ó dos casos en los que las fábricas del pueblo pertenecen á la comunidad.

Diez y siete años después, Bandrillart (1) nos pinta la misma región casi en idénticos términos; y aun cuando las fábricas rurales han tenido bastante que ceder ante las grandes de las ciudades, la industria rural fue apreciada como productora de un rendimiento anual de 85 millones de francos.

En la actualidad, las fábricas deben haber adelantado más todavía; pero vemos aún, por las excelentes descripciones de M. Ardouin Dumazet, cuya obra tendrá en el porvenir casi el mismo valor que los *Travels* (Viajes) de Arthur Young, que un número importante, que una parte considerable de los tejedores rurales existe todavía; en tanto que con frecuencia se oye decir, hasta en estos mismos días, que un bienestar relativo es cosa corriente en los pueblos y aldeas donde el tejido está relacionado con la agricultura.

Apreciando la cuestión en su estado general, debemos, sin embargo, decir que en el Norte de Francia, donde se fabrica el algodón en gran escala en las fábricas de las ciudades, el tejido á mano de las poblaciones agrarias casi ha desaparecido. Pero las cosas varían de aspecto cuando nos fijamos en otras regiones de Francia, en las que prevalecen otras industrias.

Deteniéndonos en la región situada entre Rouen al Nordeste, Orleans al Sudeste, Rennes al Noroeste y Nantes al Sudoeste, esto es, las antiguas provincias de Normandía, Perch y Maine, y en parte Turena y Anjou, como las halló Ardouin Dumazet en 1895, vemos que existen allí infinidad de pequeñas industrias fabriles y domésticas, lo mismo en las ciudades que en los campos.

(1) *Les Populations agricoles de la France, Normandie.*

En Laval (al Sudeste de Rennes), donde los driles se tejían anteriormente de lino en telares de mano, y en Alençon, gran centro en otro tiempo del tejido rural, tanto en telas como de cintas, el referido autor encontró, lo mismo la industria doméstica que la pequeña fábrica, en un estado lamentable. El algodón es ahora preferido; de él se hacen los driles en las fábricas, y la demanda de géneros de lino es muy pequeña: así que el tejido, tanto doméstico como fabril, del lino, ha decaído mucho. Los aldeanos abandonan esa clase de trabajo, y las grandes fábricas que se habían montado en Alençon con la intención de crear la industria de géneros de lino y cáñamo, tuvieron que cerrarse. Sólo ha quedado una fábrica que ocupa á 250 operarios, en tanto que cerca de 23.000 tejedores que encontraban ocupación en Mans, Fresnay y Alençon en tejidos de cáñamo y telas finas, han tenido que abandonar esa industria: los que trabajaban en las fábricas han tenido que emigrar á otras poblaciones, mientras que los que no habían roto por completo con la agricultura, buscaron en ella refugio. En esta lucha del algodón contra el lino y el cáñamo, fue la victoria del primero.

En cuanto á las cintas y encajes, se fabrican en tal cantidad á máquina en Calais, Caudry, St. Quentin y Tarare, que sólo algo de lo más superior y artístico se sigue haciendo en Alençon; pero en sus inmediaciones aún continúa siendo una ocupación, á la que el campesino dedica una parte de su tiempo. Además, en Flers y Ferté Macé (pequeña población, al Sur de la primera) el tejido á mano se sostiene en 5.400 telares, aunque la industria entera, lo mismo en fábricas que en aldeas, está en un estado deplorable desde que se perdió el mercado español, pues ahora hay en España bastantes fábricas de algodón. Doce grandes filaturas de Condé, donde se

hilaron 4.000 toneladas de algodón en 1883, se abandonaron en 1893, quedando sumidos los trabajadores en la más espantosa miseria (1).

Por el contrario, en una industria cuyo mercado sea interior, como, por ejemplo, la de la fabricación de pañuelos de hilo, que es creación reciente, vemos que el tejido rural se halla, aun hoy día, en completa prosperidad: Chalet (en Maine-et-Loire, al Sudoeste de Angers) es el centro de esa industria; tiene una filatura y una fábrica de tejido; pero las dos reunidas ocupan menos brazos que el tejido doméstico, que se halla extendido en unos 200 pueblos y aldeas comarcanas (2). Ni en Rouen ni en las ciudades industriales del Norte de Francia hay tantas fabricaciones de pañuelos de hilo como en esta región, donde sólo se usa el telar de mano, nos dice Ardouin Dumazet.

Dentro de la curva que hace el Loire á su paso por Orleans, encontramos otro centro próspero de industrias domésticas, relacionadas con el hilo. «Desde Romorantin (en Loire-et-Cher, al Sur de Orleans) hasta Argenton y Le Blanc—dice el mismo autor—tenemos un taller inmenso donde se bordan pañuelos, así como camisas, cuellos, puños y toda clase de telas para señoras. No hay ni una sola casa, aun en la más pequeña aldea, donde las mujeres no estén ocupadas en esa industria...; y si esta clase de trabajo sólo constituye un mero *pasatiempo* en las regiones vitícolas, aquí ha venido á ser el principal recurso de la población» (3). Hasta en el mismo Romorantin, donde hay 400 mujeres y niñas empleadas en

(1) Ardouin Dumazet, vol. II, pág. 167.

(2) En Maine-et-Loire, la Vendée, Loire Inferieure y Deux Sèvres.

(3) Ardouin Dumazet, vol. I, págs. 117 y siguientes.

una sola fábrica, pasan de 1.000 mujeres las que viven de la costura en casa. Y otro tanto puede decirse de un grupo de pueblos industriales, poblados de pañeros, en las inmediaciones de otra ciudad normanda: Elbeuf. Cuando Bandrillart lo visitó en 1878-80, quedó impresionado al ver las ventajas incuestionables que ofrecía una combinación de la agricultura con la industria. Casas limpias, gentes aseadas y señales de un relativo bienestar, se encontraban por todas partes.

Afortunadamente, el tejer no es la única pequeña industria de esta región y de Bretaña; por el contrario, otras muchas le prestan vida y animación. En Fougères (en Ill-et-Vilaine, al Nordeste de Reims) se ve de qué modo la fábrica ha contribuido al desenvolvimiento de varias pequeñas y domésticas industrias. En 1830, esta población era un gran centro de fabricación doméstica del llamado *chaussons de tresse* (escarpín tejido); pero la competencia de la prisión mató esta industria primitiva, la cual, sin embargo, fue pronto sustituida por la de escarpines de fieltro (*chaussons de feutre*). Mas también esta última fracasó, introduciéndose entonces la de calzado, que dió origen, á su vez, á las fábricas del mismo, de las cuales hay ahora 33 en Fougères, con 8.000 trabajadores, produciendo 5.000.000 de pares de calzado al año. En tanto, la pequeña industria marchaba por nuevos derroteros, y miles de mujeres trabajan en sus casas en el «aparado» y en bordar zapatos de lujo. Además, un número importante de talleres aparecieron en la región, destinados á hacer cajas de cartón, tacones de madera y otras cosas por el estilo, así como un gran número de tenerías, entre grandes y pequeñas. Respecto á lo cual, observa M. Ardouin Dumazet, que uno se sorprende al encontrar que, debido á estas industrias, un nivel más elevado de bienestar se encuentra en estos pueblos,

cosa verdaderamente imprevista, tratándose del centro de una región puramente agrícola (1).

En Bretaña, en las inmediaciones de Quimperlé, hay un gran número de pequeños talleres dedicados á la fabricación de sombreros de fieltro, que usa la gente del campo, esparcidos por toda la comarca; y la agricultura, que progresa rápidamente, contribuye, al par que dicha industria, á hacer fácil la vida en ella (2). En Hennebout (en la costa Sur de Bretaña), 1.400 trabajadores se hallan empleados en una inmensa fábrica de latas para conservas, y todos los años, de 22 á 23 toneladas de hierro son transformadas en acero, y luego en lata, que se manda á París, Burdeos, Nantes y otras partes; y esta fábrica ha creado *un enjambre de talleres de hojalatería*, en esta región puramente agrícola: además de los mencionados, hay talleres de otras varias clases, y en algunos se transforma la escoria en abono. Aquí la agricultura y la industria se dan la mano; y la conveniencia de conservar su unión se halla tal vez mejor demostrada que en ninguna otra parte, en Londeac, pequeña población del centro de Bretaña (departamento de Côtes du Nord). Anteriormente, los pueblos en esta comarca eran industriales, hallándose poblados de tejedores que fabricaban los renombrados lienzos de Bretaña; pero como esta industria ha decaído mucho, los tejedores han vuelto la vista á la tierra; de industrial, Londeac ha pasado á ser población agrícola de importancia (3); y lo que resulta más interesante es, que estas poblaciones conquistaban nuevas tierras para la agricultura, convirtiendo las antes improductivas *landes* (landas) en ricos campos de

(1) Vol. V, pág. 270.

(2) ARDOUIN DUMAZET, vol. V, pág. 215.

(3) Ibid., vol. V, págs. 259 266.

trigo, en tanto que en la costa Norte de Bretaña, en los alrededores de Dol, en tierras que empezaron á conquistarse al mar en el siglo XII, el cultivo hortícola ha tomado ahora grandes proporciones, dedicándose principalmente á la exportación á Inglaterra. Bajo cualquier concepto que se mire, es digno de llamar la atención, al recorrer las páginas del pequeño volumen del mencionado autor, de qué modo las industrias domésticas marchan mano á mano con toda clase de pequeña industria agrícola, tales como horticultura, cría de gallináceas, conservas de frutas, etc.; y con qué facilidad se introducen asociaciones de todo género, que tengan por objeto favorecer la venta y la exportación. Mans, como es bien sabido, es un gran centro de exportación de gallináceas para Inglaterra.

Parte de Normandía, esto es, el departamento de Eure y Orne, está dotado de pequeños talleres, en los que artículos de metal y quincalla se fabrican todavía en las pequeñas poblaciones. Claro es que á la fabricación doméstica de los alfileres le falta poco para desaparecer; y en cuanto á las agujas, sólo su pulimento, en una forma muy primitiva, es lo que subsiste aún en dichos lugares. Pero, sin embargo, en ellos se fabrica toda clase de quincallería, incluyendo en esta los clavos, corchetes, etcétera, en gran variedad, especialmente en los alrededores de Laigle. También se hacen trabajos de costura en algunos pequeños talleres de los pueblos, á pesar de la competencia del trabajo hecho en la prisión (1).

Tinchebrai (al Oeste de Flers), es un verdadero centro para una variedad de géneros menudos en hierro,

(1) Hace algunos años publiqué una información sobre el trabajo en la prisión francesa, en un libro titulado, *In Russian and French Prisons*, (En las prisiones rusas y francesas), London, 1888.